



De enemigos a adversarios. Por Álvaro Ramis Olivos

Posted on Mayo 30, 2024

La moda de esta temporada impone la incorrección política. **Ya no se llevan los buenos modales, las maneras adecuadas, los protocolos y el respeto a las normas, tradiciones y convenciones.** Milei va a España a insultar a su presidente. Y ni siquiera lo llama para avisarle que está de paso por Madrid. Ecuador invade la embajada de México, y luego ni siquiera se disculpa. Y no entremos en los debates internacionales, por lo que pasa en Ucrania o en Palestina, porque cuando estamos en el campo de batalla ya no hay espacio para sutilezas.

Pero en política interna no estamos muy lejos de esa crispación. A las autoridades del Congreso les cuesta cada vez más **regular los insultos y descalificaciones que se arrojan día a día los honorables.** Al menos, todavía se aplican algunas multas a quienes se exceden y alguna parlamentaria ha sido desaforada por injuriar a alguna colega. Pero fuera del campo parlamentario la realidad política es mucho más cruda. En las redes sociales y en los debates del formato “Sin Filtro” **se nutren de la exageración, la caricatura y la falta de honestidad de los argumentos.**

Lo que está pasando es que se han perdido algunas distinciones que serían muy útiles para funcionar en sociedad. Si los jefes de Estado y los partidos dejan de operar **bajo los estándares esperados** ¿qué queda para la ciudadanía? ¿no es carta blanca para el mal trato, la prepotencia y la violencia que tanto nos preocupa?

La tendencia actual a la **desfachatez y el desparpajo** es el efecto del desprecio de ciertos sectores a la autocontención y autorregulación de las propias acciones. La clave discursiva siempre es **una polaridad excluyente**: ellos o nosotros; los de arriba o los de abajo; los de la casa y los de afuera; los que priorizan el presente y los que piensan en el futuro. Se profita electoralmente de la polarización y por eso se **exacerba el antagonismo**.

Esa conflictividad se traduce en likes, seguidores en las redes sociales y apariciones en las pautas de los medios convencionales. Los algoritmos de los buscadores **se revientan ante un insulto** lanzado en público y las plataformas de videos se saturan de visualizaciones ante el último choque dialéctico.

El líder de hoy pareciera ser el que acapara mayor atención, aunque sea por **lo mal que se hable de él**. Tanto los Estados como los actores no estatales (empresas, ONGs, instituciones) parecen sobrepasados por acciones y decisiones de quienes revientan las normas de relacionamiento adecuado.

Podríamos ver un lado positivo de este escenario: hace treinta o más años el problema en Chile no estaba en la violencia verbal o simbólica, sino en formas de **violencia real y material**, con muertos muy concretos que había que contabilizar cada día. **El terrorismo era cosa habitual**, ya sea por la mano del Estado como por la mano de organizaciones políticas.

Se podrían dar muchas explicaciones históricas, pero la tarea en ese tiempo era **desmontar estrategias de violencia** que atravesaban a todos los sectores. Es verdad que ese grado de confrontación hoy es inusual, y algunos aprendizajes se han logrado imponer. Pero no es malo recordar que la **violencia verbal antecede a la física y la predispone**.

Se suele justificar la violencia discursiva como una **defensa de principios**. El polarizador político siempre se justifica en la total coherencia entre sus principios proclamados y las acciones que realiza. Pero no suele dar el mismo valor a los efectos perniciosos de sus acciones. **Se puede ser coherentemente idiota**, sin que eso quite un gramo de coherencia a las propias acciones. Pero polarizar no es un acto ingenuo ni menos estúpido. Es **una estrategia muy rentable** para quienes desean que no se produzca ninguna convergencia entre un gobierno y la oposición, o entre las fuerzas sociales y económicas que legítimamente defienden intereses particulares.

El sistema político actual **premia la fragmentación y nutre esta polarización artificial**. Hoy por hoy los partidos luchan más por diferenciarse de sus más cercanos competidores que de sus antagonistas ideológicos. Eso explica la brutalidad de las disputas municipales entre Chile Vamos y Republicanos y entre Socialismo Democrático y el FA/PC. **Los votos a sumar no están en la vereda del frente sino en el domicilio del vecino**.

En un momento en que se debate sobre posibles reformas políticas para Chile, es necesario incentivar el

tránsito **desde el antagonismo a la transversalidad**. Cuando los parlamentarios “díscolos” tienen las mismas prerrogativas que los disciplinados. O cuando se permite que bancadas completas se desplacen del arco de alianzas por las cuales fueron elegidas. En esas circunstancias lo que se está creando es material para una **polarización destructiva**.

Existen mecanismos electorales que son probadamente eficaces para promover la **cooperación política**, antes que la competencia despiadada, al menos entre los sectores que teóricamente comparten algunos principios comunes. Y entre fuerzas opuestas, siempre estará disponible el recurso a lo que Chantal Mouffe ha denominado “**agonística política**”.

Para esta politóloga belga lo “agonístico” es un enfoque que reconoce que la política democrática es inevitablemente **un espacio de conflicto y confrontación** entre diferentes proyectos políticos en disputa. Pero esta confrontación se puede transformar en “agonismo”, el arte de la lucha, que se podría equiparar al *Fair Play* en el deporte.

El requisito indispensable es la **legitimación del oponente como un “adversario”, y no como un “enemigo”**. De esa forma se construye una comprensión pluralista de la democracia, que se distancia de concepciones ingenuas, disfrazadas de racionalismo y consensualismo. Lejos de eliminar el disenso, Mouffe propone procesarlo de forma institucionalizada de tal forma que se respete al oponente como un “**adversario legítimo**”.

Columna publicada por The Clinic el 26 de mayo de 2024.

Para El Maipo: Álvaro Ramis, Rector de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano (UAHC), colaborador de El Maipo.

El contenido vertido en esta columna de opinión es de exclusiva responsabilidad de su autor, y no refleja necesariamente la línea editorial El Maipo.